

y el Espíritu Santo puso sobre sus sienes la corona de la caridad, infundiéndole no sólo el amor de Dios, sino el amor de nosotros los pecadores.

Otras tres coronas de inferior categoría, pero de no menor brillo, le concedió la Trinidad Sacrosanta: la de la virginidad, la del martirio y la del magisterio, en virtud del cual enseña los misterios de la fe á los más preclaros maestros.

Por último, la circundó con esa corona de doce estrellas de que nos habla el Apocalipsis, porque si hubo muchos santos y santas que acopiaran incontables riquezas de merecimientos, *multae filiae congregaverunt divitias*, Ella excedió á todos en méritos, y se hizo acreedora á los premios debidos á los patriarcas, profetas y apóstoles; á los mártires, confesores y doctores; á los sacerdotes, eremitas y monjes; á las vírgenes, viudas y desposadas, premios representados por esas doce refulgentes estrellas.

¿Qué podemos los míseros mortales añadir á tantas espléndidas diademas? La que es Reina, como su Hijo Divino, por naturaleza, nacimiento, merecimientos y conquista, Reina universal y perpetua, ¿qué necesidad tiene de los sufragios de sus súbditos, ni qué dignidad puede conferirle tal ó cual pueblo, al elegir por su soberana particular á la que ya lo es de todos los hombres?

Y si ya fué coronada en cuerpo y alma hace 19 siglos, ¿qué se propone la Iglesia al conceder que nuevas coronas de oro y pedrería se coloquen sobre las sienes de algunas de sus imágenes? Vamos á declararlo en breves palabras.

II

En las frases del libro de Esther, que he tomado por texto, notad que el Rey Asuero no manda que se corone de nuevo á la Reina. Ordena, sí, á sus ministros, que coloquen sobre su regia frente la diadema á que tiene derecho, y se le conduzca primero á presencia del mismo Rey, y luego se ostente á los príncipes y los pueblos todos la sobrehumana hermosura que en su rostro encantador resplandece.

Tal ha sido la práctica de la Iglesia, con respecto á la Virgen María, desde que fué fundada por Jesucristo. Si hemos de creer á antiguas tradiciones, no aguardó á la Asunción á los cielos de la Madre de Dios, para erigirle templos en el Carmelo y en derredor del Pilar de Zaragoza. Los Padres y Doctores de la Iglesia, desde San Ignacio mártir hasta Santo Tomás y San Alfonso Ligorio, todos pregonaron sus glorias en el Oriente y en el Occidente. Cuando el Papa Liberio construyó la Basílica de Santa María de las Nieves, había ya muchos templos consagrados á la Virgen Santísima en la Santa Ciudad, y por esta razón la denominó *la Mayor*. Apenas conquistado el Nuevo Mundo, se le erigieron

Santuarios en toda su inmensa extensión, y plugo á la Reina de los Angeles ser venerada en algunos de una manera señalada, pero de tal modo, que todos los pueblos pudieran contemplar su soberana hermosura.

Esta providencia especial resplandece, sobre todo, en la época larguísima de la dominación mahometana en España y en la gloriosa reconquista. Las imágenes que Pontífices y Reyes habían colocado sobre insignes altares, se pudieron ocultar, no diré de un modo milagroso en el sentido teológico de la palabra; pero sí, *non sine numine*, en grutas y cavernas, entre selvas y montes; y de un modo más ó menos maravilloso fueron encontradas, una tras otra, á medida que se iba reconquistando para Cristo aquella tierra bendita. Así volvieron á ocupar el antiguo solio la Virgen de Montserrat, la de las Mercedes, la de Guadalupe, la de los Montes de Oca y otras muchas, no menos veneradas. Ya las descubría un pastor guiado por una oveja, al parecer perdida, pero que la Providencia conducía al fondo de una gruta; ya las encontraba un campesino, que corría en busca de un panal de abejas, ó de algún nido de pájaros, ó huyendo de alguna fiera, en la concavidad de un tronco, en la capa de un árbol, clavadas en espinas ó medio cubiertas por una raíz. La piedad popular agregaba poéticas leyendas á todos estos descubrimientos; y al venir otras imágenes al Nuevo Mundo en los estandartes de los conquistadores ó en el ligero bagaje de los misioneros, leyendas igualmente poéticas acompañaron su desembarco ó su

instalación en los nuevos santuarios; leyendas en muchos casos confirmadas por manifiestos prodigios ó gracias singulares.

En algunos santuarios, más que en otros, se abrían las puertas de la misericordia divina, y se desplegaba el poder taumaturgo de la Madre de Dios, aunque sólo en efígie resida en los lugares por ella escogidos y santificados. Es que á los magnates de aquellas ciudades, ó á los pueblos de aquellas campiñas, quería el Señor ostentar de una manera especial la singular hermosura de la Reina de los Cielos.

Secundando estas miras, el Vicario de Jesucristo quiso presentarla en estos sitios privilegiados, no simplemente como Madre de Misericordia, sino como Emperatriz poderosa, y empezó á mandarles diademas preciosas, para que con su brillo resaltara más y más, como en la esposa de Asuero, su espléndida hermosura.

Al tratarse de la reina Vasthi, ésta se rehusó á obsequiar las órdenes del monarca, y á mostrarse, como su Majestad decretaba, á los magnates y á los pueblos. ¿Por qué semejante esquivez, que no encontramos de cierto en nuestra Reina y Madre María, pero sí en muchos que se glorían de ser sus devotos? ¿Por qué esta renuencia á moverse y á salir de las estancias á ella y á sus damas reservadas? Escuchad una opinión que hallaréis quizá aventurada; pero en todo caso plausible.

Todos tenemos cierto amor patrio ó amor propio, que cuando no está templado por la educación ó la au-

toridad, nos conduce á un exclusivismo tan pernicioso como ridículo. Los griegos declararon á Delfos el centro material de la tierra, ni más ni menos que como ahora los discípulos de Focio lo colocan en su propia capilla, en el Templo del Santo Sepulcro, y los de Confucio en Pekín. En tiempo de Nuestro Señor Jesucristo, los judíos afirmaban que sólo en el Templo de Salomón se había de adorar á Dios hasta la consumación de los siglos, mientras que los Samaritanos aseveraban que tal privilegio estaba reservado á su Monte Garizim.

Sin ser judíos ni samaritanos, ni griegos ó chinos, hay muchos aun hoy día que quisieran que sólo en el Templo de su pueblo natal se ofrecieran sacrificios, que sólo allí ostentara su poder y su cetro la Reina de los Cielos. Pero así como Jesucristo declaró que vendría tiempo en que ni el Monte Sión ni el Monte Garizim gozarían de un privilegio concedido al universo mundo; así como San Agustín y con él todos los Padres de la Iglesia, reprenden á los que afectan hacer creer que la Sangre de Cristo redimió sólo á un pueblo ó á una nación privilegiada, así los Romanos Pontífices, enviando coronas á diversas imágenes de la Virgen Santísima, coronas que se multiplican á medida que crece la población de la tierra, que los medios de comunicación se facilitan, se difunde más la Religión y se aumenta la piedad de los fieles, muestra que la Madre de Dios debe ostentar su diadema y lucir su hermosura ante todos los pueblos, ante todos los grandes de ambos continentes.

Si con la esquivéz que mostró la reina Vasthi se hubiera portado el Romano Pontífice, no sería hoy coronada nuestra Virgen de San Juan, y en vez de afluir peregrinos sinnúmero á vuestra ciudad, tendría ésta que despoblarse para enviar romeros á contemplar en otra parte á la Reina del Cielo con su manto y diadema. Pero hoy, gracias á los mandatos celestes, la veneramos aquí lo mismo que en Jacona y en Guadalupe, que en Pátzcuaro y en León, que en Lourdes y en Savona, que en las orillas del Plata y en las márgenes del sagrado Tíber.

Tal es el espíritu de la Iglesia. No es el pueblo quien elige á María por Reina ó coloca la corona sobre sus sienes. El Vicario de Cristo, por medio de su Delegado, la ostenta á determinada comarca, coronada con la diadema, símbolo de aquella que ciñó su frente el día de su gloriosa Asunción. Toca á sus fieles súbditos venerarla, adorarla, contemplar su celestial hermosura. Bella es en sí; bella también tal como se muestra en este Santuario. Sólo á las imágenes insignes y milagrosas concede el Soberano Pontífice los honores de la coronación. Al enviar, pues, brillante diadema á vuestra augusta Patrona, declara el Oráculo Vaticano, que es hermosa en extremo, *erat enim pulchra valde*, como la esposa de Asuero. Es lo que vamos á ver antes de concluir.

III

¡Quién me diera por un instante la devoción, finura y sabiduría de Fray Luis de León, para comentar ante vosotros el Cantar de los Cantares, y aplicar á la Virgen sacrosanta la descripción inimitable que hace Salomón de la Sunamitide! Si al menos pudiera, en el lenguaje, por anticuado más gracioso y más dulce del insigne Maestro, repetiros el capítulo VII, y después de enumerar las perfecciones de la Esposa, prorrumpir con él en esta tierna exclamación: «¡Cuánto te alindaste! ¡Cuánto te enmelaste, amada, en los deleites! *Quam pulchra es et quam decora, charissima in deliciis.*» Entonces sí que creería cumplida mi misión de mostraros á la Reina del Cielo, no sólo adornada con su refulgente diadema, sino en todo el esplendor de su soberana hermosura.

Ya que á tanto no llegan mis fuerzas, consuélame el pensamiento de que han llenado este cometido los doctos predicadores que me han precedido, y en especial

el místico Prelado, que después de haber vaciado en muchos volúmenes su tierna devoción á María Santísima, ayer os hizo de nuevo llorar de gozo al contemplar en espíritu la hermosura de la Sunamitide celestial. Lo que ahora cumple á mi deber, es señalaros la hermosura del terrenal retrato de la Reina de los Ángeles, que hoy, con diadema terrestre, símbolo de la que ostenta su divino original en el Empíreo, corona vuestro Metropolitano en virtud de la delegación del Sumo Pontífice.

¿Cuál es la hermosura que buscamos en las imágenes de María? ¿Es por ventura aquella belleza plástica que admiramos en la obra maestra de Praxíteles, en las estatuas de Minerva ó de Juno, que forjó el cincel de los antiguos griegos? ¡Jamás! La destreza cristiana ha logrado transformar en Pedro á Júpiter tonante, y aun á dar las facciones de María á la efigie de modesta matrona antigua, cubierta con el flotante peplo. Pero jamás se ha pretendido cubrir con el ropaje de la Virgen sin mancilla, á la deidad de Chipre; y los pintores de la edad de oro del arte cristiano, que dieron rostros de beldades terrenas á sus Vírgenes más célebres, han tenido el desconsuelo de verlas quitar de los altares donde no causaban devoción para ser colocadas en museos y galerías, donde se admira su continente profano.

No, no es la belleza plástica la que buscamos en las imágenes cristianas: apenas las que trazó el pincel divino del Beato Angélico, gozan del doble privilegio de

encantar á los místicos y cautivar á los artistas, de inspirar devoción en el vulgo y admiración en los ingenios escogidos.

Es de otro género la hermosura que en la imagen de su reina buscan el pecador contrito, el alma afligida, el pródigo desengañado que viene á implorar su patrocinio; y esa típica perfección resulta manifiesta en la venerada escultura que tenéis delante de los ojos. No es una hermosura material, sino una hermosura moral y mística. No es una perfección artística y actual, sino una belleza ideal é histórica la que satisface al creyente, y ésta la posee en alto grado la Virgen de San Juan.

Cierto devoto escritor, narrando su viaje á Tierra Santa, y refiriendo la controversia sobre el lugar del tránsito de la Virgen Santísima, prorrumpe en esta bellísima, cuanto original exclamación: «Poco me importa que haya muerto en Efeso ó en Jerusalén, con tal que no se disminuya mi amor á la más tierna de las Madres.»

Otro tanto podemos decir de la imagen de vuestra Patrona. Dejemos á los eruditos el trabajo de averiguar el nombre del misionero que la trajo de Europa; el número de años que yació en un rincón olvidada; la profesión de los que por primera vez la veneraron con culto especial; la manera extraordinaria con que se embelleció y enriqueció. Lo que nos importa saber es que desde entonces nadie se ha postrado á sus plantas implorando el patrocinio de aquella á quien representa,

sin haber sido escuchado. Como en la gruta de Lourdes, aunque con menos brillo y estrépito, á sus pies se han verificado mil y mil maravillosas curaciones de dolencias corporales, y han resucitado mil y mil muertos espiritualmente. Su fama ha atraído continuamente infinidad de peregrinos, y la divina Señora, á las gracias sobrenaturales, ha añadido los favores materiales de que ha colmado á sus hijos.

A ella se debe la prosperidad mercantil de este su pueblo. ¿Quién no oyó hablar en su niñez de la feria de San Juan de los Lagos? A ella venían de todas partes del territorio mejicano, más que á comerciar, á adorar en su templo. Ni los propios ni los extraños fueron ingratos á tantos beneficios. Ahí tenéis como prueba patente ese altar y esas joyas; aquí tenéis el espléndido templo construido por los reconocidos ciudadanos y los agradecidos forasteros. Más allá se levantan los establecimientos de beneficencia que, á despecho de los tiempos adversos y de lo precario de todo instituto piadoso, ha levantado y sostiene la generosa obstinación de los fieles.

Justo era que á la Reina de tan esclarecido Santuario, se concedieran los privilegios de que se glorían los otros cuatro de la República. Justo era que también en San Juan, se mostrara á la augusta Soberana adornada con la diadema y desplegando todo el esplendor de su hermosura: hermosura, á la verdad, admirable: *erat enim pulchra valde.*

Tal hicieron ver al Supremo Jerarca vuestros insig-

nes Prelados, y hoy ve por fin premiados sus esfuerzos vuestro afortunado Metropolitano.

¿Qué daréis al Sumo Pontífice en cambio de la corona de oro con que adorna la imagen de Nuestra Reina y Señora? ¿Con qué pagaréis el señalado favor que hoy hace á vuestro Santuario y á vuestro pueblo, mostrándolos al Orbe como sitios adonde pueden y deben concurrir devotos romeros, como á Jerusalén, como á Compostela, como á Lourdes, como á Guadalupe?

Ya os lo han dicho los predicadores, que antes que yo y con mayor unción, os han distribuido en estas fiestas el pan de la divina palabra, poniendo sobre vuestras propias frentes la corona de las virtudes que merecieron á María la múltiple *diadema con que la adornó en el cielo* la Trinidad Augustísima. Quiera Dios daros fuerza y gracias para ello, y recompensaros, por último, en la gloria con coronas proporcionadas á vuestros méritos.

¡Oh Virgen, que eres adorada en San Juan, con no menos fervor que en Jacona ó en Guadalupe, en Pátzcuaro ó en León! No desampares este lugar que tú misma escogiste y santificaste. Que tu dulcísimo nombre permanezca en él eternamente. Que tu divina imagen, hoy coronada, continúe siendo el paladión que lo defienda contra los enemigos terrenos é infernales. Que esa sacra diadema sea una nueva prenda que te una con los que fueron siempre tus fieles súbditos. Que sigas atrayendo devotos romeros desde los más remotos confines de nuestro continente. Que tus favo-

res sean, sobre todo, más señalados sobre el Prelado que ha impuesto á tu efigie la sagrada diadema, y que no olvides á los que en este día hemos venido á honrarte y que necesitamos de tu auxilio de una manera más especial. ¡Reina concebida sin pecado original, intercede por nosotros!

